

Crónica

De Madariaga en el Pedagógico

Contenido y forma son dos mundos distintos; pero no tanto si la envoltura es propia de una esencia. Cada espíritu tiene su modo sui géneris, mas no toda forma posee su alma. Afirmarlo implicaría darles vida a fantoches y títeres. Aún más a mucho mundo que anda por la vida sin rumbo, sin contenido. Otros viven en estructuras, en marcos ajenos a su propia individualidad. Es la tragedia de los que quie-

ren ser, y no alcanzan por su impotencia la virtualidad de la vida. Son los encarcelados de las tinieblas que no tienen una fuerte luz que los ilumine. En la existencia lo más importante es el contenido, que la envoltura, porque es un acorde con la vida, es la vida misma, en tanto que la forma pura, es la contradicción del existir. En el mundo de hoy se da gran importancia a la forma, se la identifica con el concepto cultura, con los valores trascendentales, con la inmortalidad del alma,

con su devenir hacia la perfección: lo absoluto.

Es una época de espejismos, que a sabiendas que se halla en las tinieblas, se engaña a sí misma tomando actitudes por «politesse».

La juventud de por sí odia las formas, debido a que está construyendo la suya propia, ve en la aceptación de otras la postergación de su vida por el enquistamiento.

Don Salvador de Madariaga nos ha visitado. ¿Qué don Salvador de Madariaga? ¿el jurisconsulto, el literato, el político o el diplomático? Desgraciadamente para nosotros sedientos de nuevos rumbos e ideales el diplomático.

Tiempo después Santiago recibía la visita de un hombre de contenido, de una gran vida interior—Krishnamurti—que oímos ahitos y plenos de esperanzas tratando de encontrar nuestro espíritu dormido, que nos añora por sus reflejos y construcción en él. Aún cuando en ciertos círculos se le ciñó de una aureola legendaria de una curiosidad y misticismo oriental, oímos sus palabras que en ningún modo estuvimos de acuerdo con ellas por encontrarlas contradictorias, sin vitalidad, de un racionalismo exacerbado, carente de sentimiento espontáneo y natural. Afirma la liberación de las cárceles del espíritu y niega el desarrollo, el desenvolvimiento libre y vital de un pueblo, porque se llama nacionalismo. No se dá cuenta o no quiere afirmar que la única libertad se halla en el ejercicio pleno del espíritu de un ser, en el encuentro de sí mismo, y no en su antítesis, el concepto catecúmeno que quiere encarcelar al organismo vivo de la nación en una forma racional que no comprende, porque no está en relación con su propia vida. De allí que sea contradictorio el camarada Krishnamurti, porque cree que como desde el punto de vista lógico racional, la nación o un pueblo cualquiera se halla dentro del género del cual es especie, podría desenvolverse, crecer, sin que por eso las ligaduras de la humanidad entera los amarren; pero desde el punto de vista de la vida, de la realidad, cualquier ligadura significa una traba para el desenvolvimiento del individuo, debido a que él tiene su propia norma de vida. Sin embargo, Krishnamurti, con el agua cristalina de su verbo nos lavó nuestro espíritu anegado por el ensimismamiento de un sueño. Vida interior, fuerza íntima, hambre de conocimiento de lo bello y de lo justo nos hace falta a la juventud que compone este pueblo. Claridad en el camino de estos valores le pedimos a los hombres del mundo que nos visitan por su mayor experiencia en la lla-

ma de la verdad. Pero el hallazgo de los valores universales no significa que nos hemos librado de la cárcel, de las formas de otros cosmos por el contrario implica no comprenderlos, tener como cerebro un ánfora de piedra sin fondo que deja caer las experiencias en la nada. Libertad y creación nacen del momento en que existe un espíritu propio que los comprenda y les dé vitalidad, de lo contrario, se pierden en lo obscuro, en la muerte de un archivero sistemático, ordenado, si se quiere, pero sin vida.

Además sirven para darle existencia a un ser que pide alimento, de belleza, de justicia, de verdad, para su desenvolvimiento. Todo ser trata de desarrollarse y crearse a sí mismo, lo otro es el estancamiento del pantano que huele a pestilencia y a cadáver. Una de las nuevas generaciones españolas así lo ha comprendido resucitando su pasado tradicional en vista de ambiciones en el porvenir. Don Salvador es uno de sus voceros, amante de la España clásica y cervantina, fuente según él, de toda filosofía e inspiración del espíritu humano. De Madariaga es un hombre que lleva la estrella de un ideal enclavada muy en lo hondo de su ser, y que a pesar de ser diplomático lo muestra al exterior, es el paladín que se yergue altivo para responder negativamente a quien afirma que España no produce cerebros como Rolland y Gide. Unamuno y «Pepe» Ortega son según nuestro visitante valores universales.

De Madariaga al sernos presentado nos promete que no nos dará una conferencia como lo han hecho hasta ahora nuestros profesores, de lo cual—según él, ya debemos estar cansados—por lo que prefiere conversar con nosotros a fin de conocernos mutuamente.

Uno de nuestros compañeros le pide su opinión sobre el materialismo histórico. ¿Para qué? ¿con qué fin?—discurrimos—señalar al señor de Madariaga un tema tan trillado, que se encuentra en gruesos volúmenes de bibliotecas repletas de polvo del siglo XIX y que enardecieron a otras mentalidades pasadas, como el escolasticismo que alimentó al pensamiento del medioevo. ¿Qué nos interesa saber hoy día cuantos ángeles pueden caber en la punta de una aguja? ¿Qué nos preocupa una doctrina mecanicista que afirma la estupidez de hacer creer que la sinfonía de Schubert, «La Pietá» y la «Madonna» de San Sixto son resultado de intereses estomacales? La vida y no la forma, el movimiento en antagonismo a lo estático de una doctrina marxista, la juventud como valor de la existencia en contraposi-

ción a la vejez es lo que nos seduce en un mundo nuevo, América, capullo en flor con miles de posibilidades nos lleva en la vorágine de su vitalidad. Además poco inteligente la pregunta del camarada... va dirigida a un diplomático.

Don Salvador responde que el tema es interesante y muy plausible de estudio, pero por su amplitud y el tiempo de media hora de que dispone promete volver a Chile 30 días, de los cuales 29 dedicará a satisfacer tan interesante pregunta...

Algunas palabras de hace un rato nos llevan a aclarar el pensamiento; vemos que nos atañen mucho, nos preocupa por su interés. España volviendo a encontrarse y manifestarse a sí misma. Europa ardiendo con un fin tenebroso que nos estremece. La palabra cálida de Madariaga al dar a conocer las nuevas tendencias de Iberia nos llegan hasta lo hondo de nuestro espíritu. Nosotros, pedazos de alma de España infiltrados en un mundo nuevo, preñados de gestas y dolores propios —pensamos— tendrá la misma melodía de su madre que los despertó a la luz, ¿o es un peregrino, que sigue por caminos solitarios, indefinidos, desconocidos, misteriosos del universo?

De Madariaga ha comprendido que no hemos bebido las aguas cristalinas de sus fuentes, hemos soñado lejos de las huertas cálidas de España. Francia, Alemania, Rusia, han amamantado nuestra vida. Iberia se ha quedado lejos, muy lejos, de los trozos de su cuerpo, propio, muy propio de América del Sud. Pero sentimos en el fondo de nuestro ser el grito de la tradición de un pasado que tuvimos juntos, el llamado del arrullo, de unos ojos cálidos que nos contemplaron. Que remos hablarle, abrirle nuestros sentimientos, compararnos, decirle como dos viejos amigos que no se encuentran desde hace tiempo ¿Dónde has estado, mira cómo ha sido la vida, para dónde iremos hoy?: ¿Que relación hay entre el destino de la juventud de España y el de América?

Don Salvador nos reconoce por nuestra sangre, religión y lengua, que a fortiori, nos llevarán a una comunidad de espíritu y vida futura; pero modula sus palabras dirigiendo sus ojos a sí mismo, a España, y nosotros contemplamos los nuestros, su personalidad vital y sus deseos preñados de luz, y de figuración en las culturas de mundo.

Pero, pensamos, el movimiento encauzado que ha tendido al florecimiento del conocer de los valores españoles ha sido tarea de la generación de jóvenes de principios de este siglo, queremos saber entonces el pensamiento de la juventud espa-

ñola actual, qué hace, hacia dónde se dirige, si es carne y sangre de un ideal, si todo él formando un puñado con su tierra va en busca de un fin, en el cual los hombres de este mundo nuevo, encontrásemos una luz que nos guíe, hacia un destino y una cultura que De Madariaga nos niega.

Pero hemos olvidado que don Salvador es un diplomático, parece que tuviera miedo de revelarnos el sentimiento de los jóvenes de su patria, nos agrega que como toda la juventud de todos los mundos juega fútbol, a veces estudia, practica tennis, pasea... y nosotros quisiéramos terminar su frase que también duerme y come...

Nos niega nuestra cultura propia por la razón de comunidad de lengua. Pero cuando se le preguntó si el jazz americano podría acallar y concluir con las canciones y el folklore de Sevilla y Cataluña, dijo que eran oleadas que en cierto tiempo aparecen y que después se pierden ante el renacer del alma popular. Entonces afirmamos una contradicción en don Salvador: España, perteneciente a la cultura europea, tiene una propia, si no es contradicción; lo mismo podemos afirmar de América, pues para una parte del globo y negarlo para otra no es aceptable. Por otra parte cuando se le pidió la opinión de la cultura de Chile con respecto a la del resto del continente suspendió su juicio diciendo que sólo una semana hacía que estaba entre los americanos por lo cual si su juicio lo expresara sería muy superficial. Y sin embargo, no halla ligero afirmar la no existencia de una cultura propia en América pese aún su misma opinión, de que nos desconoce.

Incipiente, si se quiere, podrá ser la cultura de América, pero tiene más de trescientos años y un sabor propio que es necesario desarrollar porque es inherente a la propia vida del pueblo que es indispensable forjar por encima de las eventualidades, contingencias y peligros dramáticos de Europa, que pueden acabar con su cultura y por ende según el criterio anteriormente expuesto dejarnos sin ninguna a nosotros, o por lo menos con una trunca-da, que no sabríamos dirigir por ser un producto ajeno a nuestro propio espíritu.

Si se afirma porque existe unidad de lengua, de ciencia y aún poniéndose en el caso de religión en el mundo, no existirían culturas nacionales, sino que una universal, es un punto de vista erróneo, estrecho y unilateral; debido a que hay diversidades de pueblos que tienen tradiciones que se acrecientan a medida que pasa el tiempo y se adentran en su espíritu formando peculiaridades particularísimas que las dife-

rencian de las del resto del mundo. Siguiendo el criterio anteriormente dicho, la comunidad de lengua, llevaría a afirmar la homogeneidad y la construcción de un Estado universal, estaríamos de acuerdo si él afirmara que este punto de vista es teórico y lógico; pero la vida es cambiante, ofrece múltiples variedades que la hacen bella y soportable.

Pues los pueblos como los individuos tienden a diferenciarse en vista de los altos intereses de su desarrollo y de su vida. Se nos ocurre que la negación de nuestra cultura se debe a un criterio simplista, a una confusión del concepto de cultura y de civilización de tal modo que al hablar sobre lo uno se piensa en lo otro. (Ridículo y pedante podrá parecer a algunos que pongamos en duda, la aclaración de este pensamiento en un grande intelectual español, pero lo que hacemos es refutar el argumento ante el enorme entusiasmo de Madariaga por la cultura de su país y la inmensa inferioridad en que nos coloca). Cierta filósofo ha dicho con razón, no es hombre culto quien posee el conocimiento del mundo, pues en tal caso podríamos hablar de un ser super civilizado y cognoscente, pero de ningún modo de un hombre con cultura. El ser culto se diferencia del anterior en que tiene una fuerte vida propia, con nuevas luces que lo llevan a crear, a mirar de un nuevo modo al mundo. Según Platón, es aquel que mediante su dialéctica sigue una marcha segura y consciente de un modo graduado al mundo de lo absoluto, de las ideas. Sócrates decía «Sólo sé que nada sé»; pero sólo de una cosa estoy cierto, de que no sé. Eso no quiere decir que Sócrates no fuese culto. Los hombres nada crean en esencia, porque ésta es eterna, por lo cual los cambios sólo son formales según Aristóteles; y Sócrates dice que no es creador de la sabiduría, sino que partero de los espíritus dormidos, que en potencia se hallan en los hombres. Pues la búsqueda del bien absoluto, la cultura, es un proceso de investigación, actividad incesante, no un mero adquirir, apropiarse de conocimientos que podríamos englobarlos en la civilización en cuanto pueden servir como instrumentos de ella.

Ahora bien, este adentrarse, esta comunión con el pensamiento nacional del alma de América es su cultura. Es la contemplación en la luna de nuestra tradición y entrañas de la Historia, de nuestros dolores y alegrías, cantados en folklores y gestas.

La lengua, como la civilización, mirada como un concepto instrumental son modos posibles para el desarrollo de un espí-

ritu que de ninguna manera es negable por ellos, sino que por el contrario, lo ayudan a desenvolverse hacia un fin claro y bello.

Para la gente de América, penetrada del aliento de su tierra y cantos que gritan a libertad, es necesario que exista como pueblo con civilización y cultura propia. No se puede hundir en la obscuridad a un mundo que nace. Porque es cobardía y egoísmo colocarlo como apéndice o lacayo de otros pueblos. Nadie por mera opinión propia, puede negarle la vida a un ser que tiene derecho a la existencia. La juventud debe impedirlo, si tiene un impulso de vitalidad y afirmación de sí mismo, si posee en lo hondo de su ser la idea de construcción de una nueva humanidad que se acerca en el mañana. Debe comprender que los momentos de hoy son diferentes a los del mundo de ayer. Que los pueblos atraviesan por un período de adultos. Que los imperios han resultado de un supervitalismo que tratan de extenderse por los confines de los mares con un nuevo sentido de la existencia y de la humanidad, que el imperialismo no es un problema moral de justicia sino de política y de vida. Si planteamos mal este problema puede ocasionar nuestro fin, esperando una justicia de la luna, que nunca llega, debido a que la frase de Aristóteles que hay esclavos por naturaleza no es falsa, encierra una profunda observación psicobiológica, que hay seres incapaces de ir solos por los caminos de la tierra, son los mediocres nacidos para corifeos, que tiemblan ante el dolor y se salen de su órbita ante la alegría. Nosotros, hombres de América, no tenemos alma de esclavos no debe existir para nosotros la desgracia o la felicidad como fines, sino como fenómenos de una realidad, de una vida que estamos creando. No hay alegría ni dolores, sólo puede haber cadenas o libertad. Si pensamos de otro modo las fuerzas del olvido y de la nada servirán para consumirnos en la esclavitud, porque no hemos desarrollado nuestras fuerzas hacia un fin claro y preciso. Los pueblos impotentes y enfermizos, gritan y lloran; pero la vida no es llanto ni alegría, sino que edificación en vista del desenvolvimiento de sí mismo, de un llamado de lo profundo de las entrañas de la nación, del organismo vivo de nuestro pueblo.

Un pueblo no tiene derecho a reclamar, ni menos a llorar, si no ha sabido combatir por su libertad.

Lancémonos allá y descansen en el nuevo porvenir, para que los ojos de las estrellas miren nuestros campos dormidos, y el viento bese nuestros labios que descansen en una tierra propia. Busquemos

una tradición y una melodía que a medida que nuestras generaciones avancen por el camino de nuestro destino sabrán convertir en inmortal.

De Madariaga, además ha querido opinar sobre la mujer. Sus ojillos vivarachos han observado que la mayoría del pedagógico está compuesto de elemento femenino. Picarescamente, dice que la mujer y no el varón es el ser plasmador de cultura, porque ella eleva el nivel moral y civilizador del hombre: por ella este animalejo trata de vestirse y comportarse bien. En fin la mujer lo hace superarse y convertirse en un caballero y crear valores nuevos. Pero uno de nuestros compañeros, con ingenuidad mezclada de simpleza vulgarísima, le respondió que si bien era cierto que sabía zurcirle los calcetines al hombre, coserle los botones, de ningún modo podría crear cultura, porque según su modo de pensar existe en ella una inferioridad intelectual manifiesta, proveniente quizás de que, pues se explicó con términos que no pudimos entender. Creemos que la opinión del compañero se debe a lo siguiente: lo más ridículo y estúpido es ver a un hombre y a una mujer juntos, y sólo muy juntos; el hombre por ser racional a ratos tiene momentos de lucidez y se dá cuenta de ello, en tanto que la mujer, por ser afectiva permanece en la ignorancia, de modo que, como el hombre siempre trata de echarle la culpa a alguien, dice que sólo la mujer es estúpida.

De Madariaga le respondió, que no se refería a que la mujer sepa o no zurcir calcetines, ni que negaba la capacidad del hombre, sino que por el contrario, afirma que en él existen valores que ella sabe descubrirlos y pulimentarlos con su delicadeza femenina, de tal modo que si ella no los desenterrase sería igual que no existieran, porque no serían valores activos, como las joyas ocultas que existen en las entrañas de la tierra. Es el fuego del ser femenino que ilumina al hombre y por él vive. Si deja de existir esta llama encendedora de valores nuevos: lo bello, lo hermoso, lo sublime, lo heroico, no existiría, porque el soplo de inspiración ha muerto. El cura de aldea español, es un relajado moral, porque carece de una compañera que lo estimule a lo bello, a falta del sentimiento religioso que ha perdido. El misticismo del hermitaño de Asís, la llama de un candelabro sublime no le consume su espíritu en la contemplación de una belleza infinita que está más allá del dolor y de la alegría, de la

vida y de la muerte, más allá de lo mortal: Dios. Pero el hombre en la acción, es instrumento manejado por las manos sutiles de la mujer que le dan a la cultura y a la civilización un sentido, un semblante acogedor que de otro modo carecería. La mujer es un ser por el que se hace algo, el dinamizador del mundo.

Pero habría que agregar algunos decires, al margen de De Madariaga, que atormenta, hace reír y llorar; no seguimos agregando más palabras sin sentido pues don Salvador dice que la mujer no es un ángel, ni un diablo, sino que mujer, y por eso más diablo y más ángel que todo el infierno y el cielo junto, añadiríamos.

De Madariaga no dijo más, y ¿para qué iba a agregar otras palabras cuando en el fondo su idea lleva implícitamente otras premisas? La mujer vale en cuanto desemeña este rol, del momento en que se desvía se obscurece en la penumbra de la noche y de lo corriente. Ella tiene una doble función en la vida, que a primera vista parece ser pasiva y lo es si la mujer no lo comprende, pero luego se transforma en actividad constante, cuando lo femenino cumple su función en la existencia de la cultura y de la vida. Por lo tanto, De Madariaga no es un feminista; no cree que el papel de la mujer se halla en las algaradas de una asamblea política porque se ha muerto a sí misma, su feminidad ha caído en un hibridismo viril a que no se halla acostumbrada, ha perdido su inteligencia porque ha sido llevada por los engaños de un régimen caduco que no quiere morir, como el agonizante corrompido que teme el más allá, pues la obscuridad de la inmundicia de su alma no tiene ningún escrúpulo en profanar lo más sagrado de la vida, con tal de arrastrar su pestilencia y corrupción que siempre ha vivido acoplada medrando de otros valores. En este punto de vista comulgamos con de Madariaga; cada ser en su función, debido a que cada individuo es un órgano vital para la sociedad y la existencia que trata de desenvolverse. Afirmamos las últimas frases de don Salvador al salir de nuestra casa «Chile será grande por sus mujeres». Es una predestinación bien fundada según de Madariaga, pues durante el diálogo sostenido sólo casi los hombres han hablado y la inmensa mayoría compuesta de elemento femenino *ha permanecido callada.*

OSCAR FABRES V.